

**CARLOS VERDAGUER  
VIANA - CÁRDENAS**

**ISABEL VELÁZQUEZ  
VALÓRIA**

# PARTICIPACIÓN Y PARADIGMA ECOLÓGICO

La participación como opción ineludible para la sostenibilidad urbana

No cabe duda de que, a lo largo de las dos últimas décadas, la participación ciudadana como idea y como propuesta ha pasado a ocupar un lugar relevante tanto en las reflexiones teóricas como en los discursos políticos referidos a la transformación de la ciudad. Podría decirse, sin embargo, que aún es muy largo el camino por recorrer en el campo de las prácticas efectivas, en la incorporación a los marcos legislativos y en la inserción en las metodologías de intervención urbanística.

En gran medida, este éxito aparente de la idea de participación se encarna, a nivel global, dentro de una de las componentes que caracterizan la actual crisis sistémica, como es la crisis específica de la democracia representativa, cuya eficacia para la toma de decisiones a todas las escalas es puesta en cuestión con cada vez mayor virulencia.

Evidenciada por la constatación de que las grandes decisiones sobre los flujos económicos y financieros se toman al margen de todo control ciudadano y de que el papel de los estados nación es cada vez menos relevante en términos geopolíticos, esta percepción de ineficacia de la democracia representativa se traduce en un amplio abanico de respuestas que transitan de nuevo entre los dos polos clásicos del debate democrático: en un extremo, la negación pura y simple de la democracia y la propuesta de mecanismos ‘técnicos’ para la toma de decisiones, en versiones más o menos actualizadas del despotismo ilustrado y, en el otro extremo, la sustitución de los mecanismos de democracia representativa por propuestas e iniciativas reticulares de democracia directa. Bajo el prisma de la crisis, los renovados debates en torno a lo local y lo global, entre estado, mercado y sociedad, entre expertos y ciudadanos, etc... han contribuido a consolidar e institucionalizar nuevos términos como el de gobernanza o el de empoderamiento, que a veces se convierten en meros clichés, o han puesto en primer plano nuevas perspectivas, algunas muy fructíferas, como la que atiende a la dicotomía entre lo público y lo común.

13

Donde estos debates fruto de la crisis de la democracia representativa se han hecho más palpables es precisamente en el ámbito de lo urbano, aquejado a su vez de una crisis que constituye otra de las componentes clave de la crisis sistémica global. Esta crisis urbana puede a su vez desdoblarse:

Por una parte, se traduce en crisis de las ciudades, tanto de la propia idea de ciudad, debido a su insuficiencia para dar cuenta de la complejidad del fenómeno urbano, como del funcionamiento de los entornos urbanos, escenarios de una segregación social cada vez más profunda.

Por otra parte, la crisis urbana se traduce en crisis de la planificación urbana y territorial, reflejada en la constatación del fracaso de muchas de las premisas básicas que la han guiado a lo largo de más de un siglo.

Es en este contexto crítico donde la idea de participación ciudadana ha ido adquiriendo paulatinamente carta de naturaleza hasta convertirse en ese mantra prestigiado que acaba decorando todos los discursos sobre política urbana.

Sin embargo, el sempiterno desfase entre discursos y realidades, entre teoría y práctica, hace que las esperanzas depositadas en la participación parezcan excesivas. Tal como lo formulaba el urbanista Thomas Sieverts hace una década en relación con la realidad alemana: “[...] *las esperanzas depositadas inicialmente en la participación no se cumplieron porque generalmente no son los intereses de los ciudadanos más débiles y necesitados de protección los que prevalecen sino los de los más fuertes y en cualquier caso privilegiados*” (Thomas Sieverts, *Cities without cities. an interpretation of the zwischenstadt*, pág.: 158)

Esta formulación pesimista no constituye necesariamente, y en el caso de Sieverts no lo es, una proclama en favor del ‘despotismo ilustrado’, pero pone de manifiesto que no existe ninguna escala en la que el debate sobre la democracia pueda desagregarse de los debates sobre la dinámica del poder y, en suma, sobre la distribución de la riqueza.

La participación ciudadana en el ámbito del urbanismo forma parte indisoluble de la práctica política y transita, por tanto, dentro de parámetros ideológicos, por mucho que este debate suela escudarse en argumentos técnicos tanto a favor como en contra. Contemplado exclusivamente desde esta perspectiva, el debate sobre la participación en urbanismo difícilmente podría escapar del marco clásico de discusión en torno a la democracia.

Pero es precisamente aquí, al proporcionar un marco de referencia mucho más amplio en el que insertar los debates ‘clásicos’ de los ámbitos económico, político y social, donde el paradigma ecológico y su traducción proactiva en el concepto de sostenibilidad pueden acudir a enriquecer y problematizar un debate que aún sigue en gran medida anclado en los parámetros del paradigma mecanicista del progreso.

Contemplada desde la perspectiva del paradigma ecológico, la componente ambiental de la crisis sistémica global ya no aparece simplemente como un telón de fondo o un escenario plano sobre el que se proyectan los demás componentes de la crisis, sino como un factor fundamental profundamente imbricado en todas las demás componentes y sin el cual no es posible entender realmente como éstas se articulan.

En efecto, desde el momento en que los recursos y los flujos de energía y materia pasan a primer plano, se constata con claridad que la componente económica no es sino un indicador de las dinámicas de poder en relación con dichos recursos, es decir, de la capacidad desigual de tomar decisiones en relación con dicho flujo.

14

Desde dicha perspectiva, no cabe definición de riqueza ni de bienestar que no esté firmemente arraigada en el concepto de capital natural, una forma de capital que responde a leyes y dinámicas por completo ajenas a las que sostienen los modelos teóricos con los que se justifican las decisiones en el ámbito de los flujos económicos. La crisis ambiental no es, pues, una componente de referencia respecto a la cual introducir correcciones en los modelos al uso, sino que pone radicalmente en cuestión dichos modelos.

Si consideramos los tres vectores fundamentales que caracterizan esta crisis ambiental, a saber, el agotamiento de los recursos, el deterioro de los ecosistemas y el cambio climático, es fácil entender que todos ellos afectan directamente a la pervivencia de ese capital natural sin el cual no puede existir ni economía ni sociedad humana. Lo cual otorga un papel clave a los modelos de gestión de los recursos y, por tanto, reorienta el debate sobre el poder a la cuestión de quién y cómo se toman las decisiones en relación con unos flujos de recursos, energía y materia cuya expresión final es siempre ineludiblemente espacial. Se puede entender así la importancia que adquiere la dimensión territorial de los procesos a todas las escalas, desde la urbana y la rural hasta la planetaria, y cómo la reflexión en torno a los modelos de producción, agricultura, urbanismo y movilidad adquiere una importancia estratégica.

La perspectiva del paradigma ecológico ciertamente no contribuye a trazar estrategias ni vías de acción sencillas, pues no hace sino poner de manifiesto la complejidad de las interrelaciones entre las diversas componentes de la crisis, pero, al hacer aterrizar literalmente la reflexión sobre la sólida base del espacio, la energía y la materia, y al obligar a replantear los conceptos de riqueza y bienestar, sí supone un enfoque de enorme potencia para escapar a muchos de los debates estériles que han caracterizado lo que hemos denominado el marco clásico de discusión sobre la democracia.

Por lo que respecta a la cuestión de la participación, esta potencia del paradigma ecológico reside, sobre todo, en el hecho fundamental de que ayuda a clarificar y a situar en sus justos términos la relación entre el conocimiento experto y los procesos colectivos de tomas de decisiones.

En efecto, la imagen que nos devuelve el paradigma ecológico es la de una realidad multidimensional sobre la que cabe actuar de formas muy diversas y con cadenas de resultados y consecuencias permanentemente unidas en bucles de retroalimentación que no aseguran el cumplimiento cierto de objetivos predeterminados. Sabemos sólo con seguridad qué vías conducen indefectiblemente hacia el desastre, todas las que se basan en la reducción ilusoria de las dimensiones en juego y contribuyen a alimentar los vectores de la crisis sistémica. Y tampoco cabe la menor duda respecto a la necesidad de alterar modos y pautas de vida asociados con los escenarios tendenciales y con una idea de bienestar construida sobre falsas premisas: *la sociedad de la abundancia frugal* de la que habla Serge Latouche debería ser un horizonte plausible.

Pero no podemos garantizar el éxito en términos de sostenibilidad de aquellas posibles combinaciones de variables complejas, por el simple hecho de que es conceptual y matemáticamente imposible optimizar simultáneamente todas las dimensiones de una realidad multidimensional atravesada por flujos entrelazados de energía, materia, recursos, necesidades y deseos: hay que decidir en cada momento qué variables se optimizan y con cuáles de ellas y durante cuánto tiempo podemos funcionar razonablemente con márgenes por debajo de los óptimos. Y, como no puede ser de otra forma, los criterios para tomar estas decisiones provienen de las complejas madejas de intereses diversos que caracterizan toda sociedad humana.

Desde el punto de vista técnico, dentro del marco del paradigma ecológico, cabe diseñar diferentes escenarios de sostenibilidad, todos ellos deseables como alternativas frente a los escenarios tendenciales, pero la opción entre unos y otros, es decir las opciones concretas, en cada momento de un proceso, con respecto a qué dimensiones se privilegian y priorizan, escapa de nuevo al ámbito de lo técnico para entrar de lleno en el campo político. No es posible elaborar en laboratorio un modelo sostenible ideal y único al modo de las utopías cristalizadas que han fascinado en otros tiempos a grandes sectores de la sociedad, y conviene desconfiar de quien ofrezca tales modelos como solución única para un futuro radiante y sin incertidumbres. En la dinámica actual por parte de las fuerzas más reacias a adoptar la vía de la sostenibilidad, estas utopías suelen presentar, por otra parte, un barniz marcadamente tecnológico y deliberadamente ajeno a la lógica implacable de los recursos, excusándose en la meliflua apelación a la eficiencia técnica como panacea.

15

Por el contrario, el proceso de toma de decisiones que aparece bajo la luz del paradigma ecológico apunta hacia nuevas metodologías basadas en la identificación colectiva de necesidades y deseos, en la elaboración de escenarios basados en las mismas, en las iniciativas de construcción colectiva y en el seguimiento y la valoración continua de los resultados para retroalimentar y mejorar todo el proceso en función del conocimiento incorporado. Y el único ámbito sobre el que estas metodologías pueden operar es un escenario territorializado, donde el espacio experimenta continuas transformaciones a lo largo del tiempo en función de los flujos de energía, materia e información que lo atraviesan.

Esta perspectiva requiere consolidar los nuevos papeles y roles que están emergiendo entre todos los agentes que configuran el cuerpo social y operan en un mundo dominado por la lógica urbana: políticos que entiendan su papel clave como gestores temporales de los recursos colectivos, profesionales capaces de adoptar el papel de traductores a términos técnicos de los deseos y necesidades colectivas, de facilitadores y mediadores de procesos, capaces de elaborar escenarios alternativos plausibles para la toma de decisiones teniendo en cuenta todos los factores limitantes, pero ante todo de ciudadanos activos dispuestos a ser parte fundamental en la configuración de sus escenarios cotidianos.

El reto puede parecer difícil, y el éxito parece todo menos garantizado, pero en lo que no cabe incertidumbre es en que cualquier vía hacia la sostenibilidad que no sume en su camino el mayor número de voluntades en la forma de esfuerzos colectivos está ineludiblemente destinada al fracaso.

Madrid, 9 de octubre de 2016

Carlos Verdaguer Viana- Cárdenas e Isabel Velázquez Valoria